

Amadísimos fieles

Expusimos brevemente el domingo pasado los dos primeros deberes mutuos que tienen los esposos: amarse mutuamente, que es lo mismo que consolarse, asistirse... y guardar la fidelidad, la cohabitación, la comunidad de vida. El tercer deber es prestarse apoyo mutuo y comenzamos a hablar de esto citando precisamente un texto de S. Francisco de Sales, que comparaba el matrimonio al convento y comparandol encontraba que eran tales las dificultades de la verdadera vida matrimonial que se atrevió a afirmar que si al matrimonio le pudiera preceder un noviciado serían pecos los que lo profesaran. Esto quiere decir que el apoyo mutuo es indispensable para el matrimonio, para la prosperidad y felicidad del matrimonio.

Sin tolerancias y mutuas concesiones la vida conyugal pronto se convierte en un infierno. Todos llevamos en nuestra sangre la propensión a la contradicción y hasta con los manjares más deliciosos nos pasa que la costumbre, el hábito hace que pierdan su sabor. Si añadimos a esto las causas de los conflictos que son constantes en una vida común se comprenderá que aun el matrimonio más afortunado, el matrimonio contraído entre personas más afines, y mejor acopladas ideológica y temperamentalmente son inevitables las ocasiones de recodo del amor propio y por pecco que se enrede y complique este amor propio ya está sufriendo el matrimonio. Una tira en una dirección y el otro en otra, y cada vez se enreda y se complica más la vida. A la manera de los granos de sal que caen al agua y que desaparecen, se disuelven sin dejar aparentemente ningún resto, de la misma forma también los conflictos y choques, se van repitiendo y aunque aparentemente se van también resolviendo, sin embargo como aquel deja el agua salada, estos conflictos y roces van a murgando la vida.

Sollamente cabe señalar una solución: tener cada conyuge un pecco de paciencia y un pecco de bondad, capaz de habitualmente dar más que lo que se recibe y así únicamente tiene un camino abierto la armonía conyugal y matrimonial. Se cuenta en la historia de un célebre filósofo pagano, el famoso Sócrates, que estuvo casado con una mujer impertuna, violenta, egoísta que llegó hasta el colmo de en plena vía pública arrojar a la cabeza de su marido un jarro de agua sucia. "Después del trueno era preciso que lloviera" contestó por toda reacción Sócrates, cuyo semblante no se inmuto y siguió tratándole en la misma forma delicada a la su mujer. Esta dulzura y paciencia acabaron por domesticar y transformar a aquella mujer violenta que no pudo menos de admirar a su marido por su virtud y renación entre ellos la vida de paz y armonía.

Como dijimos el día pasado el amor es la reina, de los sentimientos y de las virtudes del hombre, pero una reina que como buena reina nunca puede ir sola, sino que va acompañada por un buen cortejo de virtudes y sentimientos. Si alguna vez alguien se pretende presentar el amor y ofrecer el amor, pero es presenta un amor sin el cortejo indispensable de abnegación, desinterés, espíritu de sacrificio, prontitud para comprender y atender al prójimo, no le creais, que eso que se presenta como amor no es tal amor... sino egoísmo y pasión vestidos de piel de carnero, no es fieles mientras no le hayais visto templarse en el crisol del sacrificio.

Por eso no hay error más funesto que el amor conyugal es algo de suyo estable y duradero e invulnerable.... no... es una lucha contra el egoísmo, contra el amor propio, contra la violencia, contra todo lo propio.

En el orden práctico esto impone al hombre la obligación de entregar a la mujer lo que esta necesita para atender a las necesidades familiares. Cuantas de nuestras buenas mujeres no conocen alivio aun cuando los hombres lo tengan porque se lo guardan para si mismos hasta lo que sería conveniente y necesario en la familia. Es fácil protestar contra la injusticia de los que no pagan lo que necesitaríamos para cubrir nuestras necesidades, pero tampoco es cosa de otro mundo como sabemos todos que para satisfacer los propios caprichos... se retiene lo que a la mujer le haría falta en casa...

2Apoyo moral...deben prestarse siempre para el buen gobierno de la casa hasta para la buena educación de los hijos. A estos se les enseña en la catequesis y en la escuela que los padres son cosa sagrada que como tal debe respetarse. Cuantas veces es la madre la que forma al completo con los hijos para desahogar al padre, cuyos defectos, cuyos tropiezos saca a relucir indiscretamente y llevada muchas veces por un amor desordenado a estos le respone...cuando en realidad debe amarle antes y por encima de los mismos hijos. Cuantas veces intimamente se disuelve el matrimonio desde el momento en que el afecto de la madre se encauza unilateralmente por parte de los hijos, con quienes se desahoga, se expande y deja de hacerlo con su marido para el que cada día es mas seca, es más fria...hasta el punto de que este se encuentra como el más extraño de casa...Así como en el capítulo de apoyo material...la falta comúnmente es de los hombres, en este otro pudieramos decir que es de las mujeres, que fácilmente se desvían en sus afectos y llegada cierta edad fácilmente se desentienden de su marido...son frias y apáticas con él.

Nunca jamás, deben los esposos censurarse y criticarse mutuamente delante de los hijos, delante de otras personas. Deben apoyarse por encima de todo.